

Me dirijo a todos los aquí presentes que, de una u otra manera, desde dentro o desde fuera del colegio, en función de autoridad, en función docente o no docente, luchamos juntos, día tras día, por prestar -de la mejor manera posible- un servicio a la comunidad, en la persona de los alumnos de este Liceo.

Me resulta particularmente grato haber sido designada para hablar hoy en el Liceo. En primer lugar porque es la primera vez que lo hago en esta casa, en la que estoy hace ya ocho años en calidad de profesora. Luego por ser este acto el elegido para entregar los títulos a aquéllos que egresaron el año pasado, muchos de los cuales he tenido la suerte y la alegría inmensa de tener como alumnos y hoy, como amigos. Por lo tanto me hace feliz asociarme al júbilo de Kiko, Nora, Hugo, Kity, Catalina, Amalia, Tony, Bocha, Marcela, por no nombrar más que a algunos de aquellos con los cuales aprendí mucho, dialogando y reflexionando y a veces renegando juntos. Júbilo que supongo tendrán al terminar un ciclo de su vida que concluye con el 6to. año del bachillerato y que los pone en los umbrales de una carrera universitaria. No todos los jóvenes de nuestro país tienen ese privilegio y como privilegio debe ser puesto al servicio de los que no lo tienen, ni tendrán tal vez nunca.

Por cierto también felicito y me adhiero junto con ellos a todos los que hoy reciben su título o los premios a los que se hicieron acreedores.

Y en tercer lugar -aunque no por eso de menor importancia- porque hoy tenemos que recordar a Manuel Belgrano, uno de los auténticos hombres de nuestro proceso histórico, revolucionario de verdad, promotor y difundidor de la educación pública, ganador de batallas increíbles, contra enemigos de adentro y de afuera, creador de nuestra bandera.

Esta fiesta patria, como todas las que celebramos periódicamente, no debe ser para nosotros una visita al panteón familiar. Si los muertos no viven para nosotros, es inútil recordarlos.

Este sencillo momento es posible que no signifique para muchos, más que un tedioso acto de presencia en la escuela, que nos proporciona - a lo sumo- librarnos de alguna hora de clase. A tal punto los individuos y los pueblos perdemos conexión con las fuentes que alimentan nuestro compromiso actual con la realidad, cuando no perdemos directamente contacto con la realidad misma. Sin embargo, el hombre es un ser de praxis: no puede ser objeto y espectador del mundo, sino que ha de ser sujeto y actor, aunque esto tal vez sea difícil de comprender y sobre todo de asumir, particularmente en la adolescencia, condicionada por el medio ambiente a un rol de pasivo consumidor.

En estos momentos, en que están en tela de juicio los valores de

nuestro sistema pedagógico actual, entre el cúmulo de valores y cosas que están en tela de juicio, es necesario que todos, maestros y alumnos, nos planteemos qué papel juega la educación en la revalorización de nuestro pasado histórico y de nuestro presente político, ya que, como alguien la definió, la historia es la política del pasado y la política es la historia del presente.

En un continente como el nuestro, que sufre profundos y necesarios cambios, la educación del pueblo, con miras a que el mismo pueblo pueda transformar el mundo en que vive y liberarse, es fundamental. Frente a una educación que enseña al hombre a adaptarse a situaciones creadas y dirigidas por otros: que impone visiones del mundo totalmente distintas a las que realmente valen para el educando y que lo considera objeto de un proceso y no sujeto, la búsqueda de una concepción liberadora de la educación, resulta una tarea insoslayable para todos.

Belgrano protagonizó, junto con muchos héroes desconocidos, sin fama, un proceso revolucionario jalonado de luchas, incomprensiones, momentos de desaliento y soledad buscando asegurar la libertad, la justicia y la soberanía nacional. Pero, qué significan para nosotros estas palabras, argentinos del siglo XX? Si la Historia no se nos hace presente, no significan nada.

En la educación tradicional, las palabras pierden su sentido verdadero se vacían de contenido y al maestro sólo exige que queden sumadas a la lista de conocimientos abstractos que va almacenando el alumno a través del año lectivo. Al final de cada bimestre o al finalizar el año, comprobamos el estado de nuestros depósitos en la cuenta de cada chico. Y que ellos digan qué les ocurre cuando allí no figura todo lo que pusimos. Yo me animo a decir, que esto más que educación es domesticación. Porque en el fondo esta pseudoeducación, esconde un miedo a la libertad.

Si las palabras libertad, justicia, soberanía nacional, no se cargan de contenido real para nosotros, es una farsa a la que no debemos prestarnos más, estarnos aquí reunidos para hablar de ellas.

Todos hablamos de cambio, Si nos pronunciamos por un cambio, debemos primero saber hacia dónde; debemos, por consiguiente, saber la realización de qué valores buscamos. Los educadores particularmente, nos debemos plantear el cómo realizarlos. Es decir, nuestra tarea docente, que definimos al principio como una función de servicio, ha de estar en función del cambio; debe tener como proyecto histórico el cambio. Tendremos así una educación no divorciada, sino comprometida con la realidad; no adormecedora ni forjadora de consumidores, sino de conciencia crítica; porque los hombre profundamente críticos son los que se necesitan siempre, antes y después que sobrevienen los cambios irreversibles.

Y la crítica empieza por nosotros.

Y en la nueva concepción de la educación que buscamos, esta formación de la conciencia crítica debe ser una tarea mutua entre maestros y alumnos. Dice un destacado educador brasileño -Paulo Freire- que "o nos convencemos que nadie educa a nadie, o no superaremos la concepción antidialógica de la educación". No hay ignorancia absoluta, así como no hay un saber absoluto; la primera como una carga propia del educando y lo segundo como un privilegio propio del educador, sino que, por el contrario, la relación educador-educando, es un diálogo constantemente crítico en el que ambos aprendemos mutuamente. Una educación sólo es auténticamente humanista cuando se encara sin temor a la libertad, antes bien, es una práctica de la libertad misma; cuando es dialógica y cuando busca que el hombre no se adapte a situaciones preestablecidas, sino que sea capaz de crear nuevas situaciones.

Recordar hoy la figura de Manuel Belgrano es recordar a un hombre que, junto con muchos hombres y mujeres de aquellos tiempos, que tal vez son los nuestros, respondieron al desafío histórico de crear nuevas situaciones y aún con limitaciones y debilidades humanas, supieron hacerlo. A nosotros hoy nos corresponde continuar la tarea emprendida por ellos, que no ha terminado.-

M. A. de
Prof. V. Allende